



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 13.

JUEVES 5 DE JUNIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL DANTE Y BEATRIZ ó el ángel de las tres noches. (Conclusion.)—LA NIÑA PERDIDA, por Hollingshead (del inglés).—Continuacion.—LOS MONUMENTOS DE ESPAÑA: El monasterio del Escorial.—COSTUMERES POPULARES: Los indios de Manila.—LOS ARCHIVOS DE FRANCIA.—LOS REGALOS DE LOS ENANOS. Cuento alemán por Grimm.—RAZON Y FE: Himno polaco, por Adam Mickiewicz.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES: El general San Miguel.—El nuevo libro del marques de Pidal.—PENSAMIENTOS.

EL DANTE Y BEATRIZ.

Ó EL ANGEL DE LAS TRES NOCHES.

II.

NOCHE SEGUNDA.—FLORENCIA 128...

Un jóven de alta estatura y semblante meditabundo que llevaba sobre el hombro izquierdo una capa negra de gruesos y largos pliegues y cubria su cabeza con una caperuza de color de escarlata contemplaba, con el codo apoyado en el puño de una espada, el cuadro que le presentaba una hermosa noche de verano descendiendo dulcemente sobre Florencia, la ciudad bella, sentado al borde de su poético Arno. Deslizándose por entre ramilletes de verdor, el rio rodaba en ondas bajo los arcos del Puente-Cubierto; algunos pequeños faroles enteramente aislados, cortaban su perfil sobre el claro cielo, mientras que el Castillo-Viejo, coronado por su esbelta torre destacaba su masa sombría sobre el fondo morado de las lejanas montañas.

«¡Florencia, ó patria mia! exclamó el jóven, verdaderamente tú eres la mas bella; y quien supondría, al contemplarte en tu magnífica calma, que de un momento á otro tus palacios pueden convertirse en otras tantas fortalezas, tus plazas en campos de batalla y tus hijos en encarnizados enemigos!... Los puentes van á trocarse en barricadas; el hierro y las llamas van á atacar tus flancos de granito! No habrá ni una coraza vacía ni una espada envainada.—La sangre y el incendio detendrán las aguas de

tu rio mientras que la *Martinella* furiosa, dará su toque de alarma contra tí; si, por que tú, pobre Florencia, llevas la guerra civil en tus entrañas... ¡Ah! madre patria, yo quiero ayudarte algun día, yo quiero combatir, con la doble arma de la espada y de la palabra, á los ingratos, á los sacrílegos que te devoran.... Pero no me siento aun con bastantes fuerzas, mi pensamiento austero se evapora en ilusiones... Mientras espero... mientras espero, gustaré los dulces placeres que nos dispensa el ángel de la poesía.»

Los últimos resplandores del crepúsculo cedieron su puesto á la noche. Una litera oscura, llevada por cuatro hombres, pasó delante del jóven que entró en Florencia, y llegó al mismo tiempo que la litera debajo del arco del Puente-Cubierto, donde brillaba ya, como dice en algun pasaje Dante, la *luz enronquecida* de las tres lámparas que se encendian allí habitualmente.

La cortina de la litera se apartó, y Dante apercibió una jóven y bella dama que, saludándolo con sonrisa dulce, á la par que severa, le hizo una seña para que se acercase. Reconoció en esta dama á Beatriz, de la familia de los Portinari, á su amiga de la infancia, que, despues de haber pasado casi ocho años, la habia olvidado porque los Alighieri y los Portinari antiguos amigos, se habian dividido de pronto por una lucha en que se trataba de la denominacion de un partido. A semejante olvido habia ayudado la ausencia de la familia Portinari que se habia retirado á Pisa hacia ya seis años y no habia regresado á Florencia hasta dos dias antes.

Dante se adelantó respetuosamente hácia la litera.

«A la casa de Falco,» dijo Beatriz con voz tímida y grave.

Y volvió la cortina á tapar su bella figura.

Dante llegó al lugar designado un cuarto de hora despues que Beatriz.

En un aposento cubierto de tapicerías y de cuyo techo adornado de esculturas pendia una lámpara de plata con tres mecheros, que figu-

rabán salir de la boca de un dragon, en este aposento se hallaba una jóven sentada, ó mejor recostada muellemente. En su frente, rodeada de blondos cabellos, se veía la melancólica palidez del narciso, palidez que se aumentaba con el dulce azul de sus ojos y la frescura de sus labios de grana. Habia podido rivalizar con las mas suaves creaciones del divino Giotto, el pintor poeta de los ángeles y de las vírgenes.

Alighieri, acompañado hasta el dintel de la puerta, por dos ancianos antiguos criados, cuyos cabellos habian encanecido al servicio de los Portinari, se presentó á la jóven Beatriz.—Señor Alighieri, dijo esta, ¿quereis, os suplico, hacer un juramento?...

—Juro, cualquiera que sea el juramento que podais exigir de mi, noble señora, contestó Dante.

—Gracias, por vuestra noble confianza en obedecerme: y sin embargo acaso se rebelará vuestra imaginacion cuando sepais que vuestro juramento os impone el retiraros, desde esta misma noche y permanecer en otra ciudad durante seis meses.

Dante bajó la cabeza con tristeza y sumision, sin pronunciar ni una palabra.

—¿No me interrogais sobre el motivo?... exclamó Beatriz. ¿Ni una pregunta, ni una palabra de vuestra parte, señor Alighieri, para saber la causa de ese juramento que habeis aceptado?... ¡Vuestra conducta es noble y grande!...

—He hecho un juramento.

—¡Ah! yo debo esplicaros en dos palabras esta causa: el partido gibelino, sí, los gibelinos, he sabido que irritados por vuestro genio, os han señalado con el lápiz rojo en el libro de su odio y vuestra vida no está segura en Florencia. Marchad á otra ciudad de que los guelfos sean dueños suyos.

—Bendita seas, noble y honradísima señora, que habeis sido la hermana de mi infancia... Obedeceré... Pero permitidme que os pregunte cómo he podido merecer el ser consagrado por esta boca con ese nombre de *genio* que

me asusta como una corona demasiado pesada para mis sienes.

—Escuchadme, Alighieri. Hace dos años que un numeroso gentío se había reunido en el gran salón del Palacio-Viejo: la nobleza, la clase media, los doctores, los militares, los ancianos y algunas damas. Yo me hallaba cerca de mi madre... Un joven, revestido con una toga negra, se presentó en la tribuna y tomó la palabra. Sus discursos enseñaban la sabiduría de Salomón con una boca de veinte años. Primero puso á la vista de la asamblea un estudio profundo sobre los dialectos de Italia, demostró los diversos grados, por los cuales llegaron á confundirse los unos con los otros, indicando sucesivamente las gracias y errores de cada uno de ellos, desarrollando los medios para llegar á una armonía general que los ligaría entre sí, y daría de este modo á la Italia una lengua italiana que aun no posee. ¡Ah! ¡qué sublime estuvo el joven doctor cuando, levantando su voz, probó con una inspiración entusiasta, cómo una lengua común proporcionaba también el común bienestar, y cómo nuestra querida Italia dividida por todos lados, podría aspirar á empuñar de nuevo su gran centro de reina de las naciones!... En cuanto se dejó oír, se esperó ya que trataría del fin de esas guerras de ciudad á ciudad, de familia á familia; los hombres lo aplaudían, los ancianos levantaban sus manos hacia él, y hubo una mujer, una madre que dijo á su hija:—«Hija mía, ese hombre es elegido de Dios: que Dios le guarde para Florencia, y que algún día lleve á cabo la obra que su mente ha comprendido; bendito sea!» Ved ahí por qué, Dante Alighieri, la pobre Beatriz Portinari os ha amado santamente y desearía ser vuestro ángel bueno para guardaros en la alta senda á que Dios os ha llamado... ¡Y por qué os hicisteis digno de las simpatías de mi amada madre que os bendijo!»

Alighieri dobló una rodilla en tierra, inclinó la cabeza, se levantó lentamente, y salió del aposento dirigiendo una mirada de admiración y reconocimiento á la noble joven que como un ángel guardian, acababa de conducirlo á la entrada de ese camino terrible, pero sublime, que se llama la senda del genio.

Al día siguiente, Dante había abandonado á Florencia y llegaba á otra ciudad con la noche.

Esa noche fue iluminada por un segundo sueño, casi divino, como el que tuvo en sus días de adolescencia.

Era el mismo ángel de la primera visión, pero su semblante tenía mas magestad sin dejar de ser tan dulce como la primavera vez; una brillante aureola lucía en derredor de sus cabellos rubios como el oro; su brazo derecho, levantado hacia el cielo, blandía una espada de fuego, y con la mano izquierda sostenía la cadena de perlas de un incensario; sus pies de marfil pisaban una nube de incienso, entre el cual serpenteaba en una cinta azul el místico: *Beate, Beatrice beatus*.

—¿Eres tú, dijo el poeta, tú, el ángel de la poesía?

—¡Soy el espíritu de la filosofía divina! respondió el ángel, cuyo rostro celestial, como en la primera visión, describía las facciones de la joven Beatriz Portinari.

III.

NOCHE TERCERA.—RAVENA, 13...

Tres hombres ocultos en una encrucijada, seguían con la vista y con cierta curiosidad mezclada de respeto y casi de terror, á un austero personaje que andaba delante de ellos lentamente, envuelto en una gran toga ó caperuza de color rojo; esa caperuza, ajustada enteramente á su cabeza, dejaba libre el óvalo prolongado y sombrío de su rostro lívido, surcado por largas líneas; sus labios blancos y delgados marcaban esa curva amarga que produce el desden mezclado con el dolor; sus ojos pardos en cuyos párpados parecía verse desprender una lágrima, estaban fijos y sin brillo; andaba, ó mas bien se avanzaba sin que se

apercibiese ningún movimiento bajo los duros pliegues de su traje.

—«Anda como los espectros, dijo uno de los tres hombres.

—¿Quién puede reconocerlo?... exclamó otro. ¡Qué pálido está!

—¿Por qué os asustais de esto? respondió un tercero; ¿no lo sabeis? es el viejo gibelino que ha vuelto del infierno!...

—¿Dante Alighieri?

—¡Dante Alighieri!»

El gran poeta desapareció al terminarse la calle.

Tocaban las doce.—En una sala subterránea cuyas paredes y techo de granito estaban labradas con cierto esmero, Alighieri acababa de sentarse delante de una mesa sobre la cual se veía una lámpara de hierro que derramaba sus débiles resplandores sobre algunos manuscritos. A su derecha, el poeta tenía el codo apoyado sobre un gran volumen con cubierta amarilla en que se veía escrito en letras mayúsculas: *El Infierno*.

Alighieri murmuró con voz estinguida: «¿No puede existir mayor dolor que el acordarse de los días felices en la adversidad!» Verso que se halla en el canto V de su poema, pero que había sido compuesto por él en uno de los días que siguieron á la muerte de Beatriz; pues esa estrella de bonanza, la dulce Beatriz, no pudo velar mucho tiempo sobre el destino del poeta: ya no existía...

Después de su amargo duelo se han pasado veinte años, y el piadoso niño del *Nido de la Paloma*, el orgulloso joven que la bella Portinari había protegido tan virtuosamente, es este que veis, pálido, triste, y que dicen ha regresado del infierno.

Durante los tristes y largos años que han transcurrido después de la muerte de Beatriz, Dante había andado por el camino en que Dios le había colocado impulsado por ese ardiente sople suyo que llaman *genio*.

Había cogido con mano austera y vigilante la espada y la pluma sucesivamente; había combatido á pie y combatido á caballo; había vestido el traje del poeta y la toga del magistrado; había compuesto una lengua, creado un poema; era para la Italia el padre de la belleza y de la verdad... y sin embargo, el viento del destierro le ahuyentaba, pues nada debía faltar á los sufrimientos de Dante Alighieri.

Acababa de cerrar el *Infierno* sobre los malitos, y se preparaba para llamar á la puerta de fuego del *Purgatorio*, y á las de oro y azul del *Paraíso*...

«Virgilio me ha conducido al Infierno, se decía; ¿quién será mi nuevo guía?»

Y delirante con el rostro apoyado en una mano se durmió.

Su ángel se le apareció de nuevo bajo la figura de Beatriz; una corona de estrellas sujetaba sus rubios cabellos, la inmortalidad brillaba en sus ojos celestiales, sus grandes alas blancas recamadas de oro, descendían hasta el borde de su túnica que ondulaba ocultando sus lindos pies. Esta vez el lema *Beata Beatrice beatus*, resplandecía sobre la frente del ángel, escrito en letras de fuego mas deslumbradoras que la llama del relámpago.

«¡Ven!» dijo Beatriz.

Y llevó al poeta á las ardientes regiones del *Purgatorio* y con los espíritus místicos del *Paraíso*.

La *Divina Comedia* quedaba entonces concluida.

LA NIÑA PERDIDA.

(CONTINUACION.)

II.

Era una hora demasiado temprana para ir á cualquiera oficina á tratar de negocios, pero la profesión de MM. Meadows y Winks era una profesión tan particular, que á cualquier hora del día ó de la noche se encontraba en su casa

algun personaje importante que estaba esperando.

Cuando un hombre va á preguntar por la firma de dos ó mas individuos por la primera vez, generalmente dice el nombre del primero sin saber qué clase de persona es y si realmente existe, pero se encuentra completamente confuso y contrariado si le dicen que no está en la población y que no volverá hasta después de algunas semanas; tal fue lo que le sucedió á Mr. Gudgeons. Un hombre corpulento con un traje muy ancho y grandes botas le dijo que Mr. Meadows había partido para Copenhague, Australia, Nueva Orleans y algunos otros puntos tras de un cliente fugitivo que se había escapado de Liverpool. Al oírlo Mr. Gudgeons manifestó su disgusto de un modo evidente.

—¿No es bastante, decía, que á mí, á quien nadie le ha robado jamás el bolsillo sea víctima del hurto mas absurdo que se le ha hecho jamás á un individuo respetable de una sociedad, sino que el hombre mas á propósito en Londres para descubrir el crimen se ha marchado ahora al polo Norte tras de un miserable pícaro?

—Muy bien, dijo Mr. Winks, este socio de la firma era el mismo con quien hablaba monsieur Gudgeons, no necesitáis continuar; os preguntaría únicamente si podía yo encargarme del asunto para el cual buskais á mi consocio.

—¿Cómo os llamais, señor? preguntó monsieur Gudgeons.

—Winks, de la casa Meadows y Winks, contestó aquel hombre con un tono que ponía fin á todas las cuestiones.

—Muy bien, dijo Mr. Gudgeons, entrad conmigo en el carruaje y acompañadme.

—Mr. Winks se puso el sombrero, y volviéndose hacia Mr. Gudgeons, le dijo: estoy á vuestras órdenes, caballero.

Este hombre miraba el asunto de un modo conforme al carácter de Mr. Gudgeons, pero al mismo tiempo este último no era muy aficionado á entenderse con los segundos de una firma, aunque su posición especial le hacia aceptar la asistencia de Mr. Winks.

Cuando estuvieron dentro del coche contó á Winks todo lo ocurrido, y al cabo de una media hora llegaron ante la parte de la casa de Mr. Gudgeons, que se hallaba habitada por los niños. Todo estaba tal como lo había dejado Mr. Gudgeons, excepto las mujeres y particularmente mistress Gudgeons que apareció con los ojos muy encarnados por haber llorado y mas favorablemente dispuesta á explicar el misterio de un modo sobrenatural que de otra cualquier manera. Los dos niños eran de un mismo modo de pensar respecto al estado y situación presente de su perdida hermana. No sospecharon ni por un momento de Sara Finch. En un principio habían tenido algunas sospechas de que Robinson Crusoe la hubiera robado, pero consideraron que estaba en una isla inaccesible. También habían sospechado de Simbad el marino, pero pronto se convencieron de que demasiados apuros tenía sobre sí, sin necesidad de ir á aumentarlos con una criatura robada, y por último se persuadieron que la vieja hechicera de la floresta era quien la tenía, pues sabían que era muy aficionada á niños no teniendo ninguno por sí misma. Su imaginación infantil les representaba á su hermana en una caverna dorada, en un lecho de hojas perfumadas, comiendo hermosos melocotones sin temor á una indigestión, escuchando la música mas deliciosa que se ha oído jamás en el mundo, y sobre todo lejos de aquellas lecciones tan enojosas acerca de la población y la estadística criminal.

Este era el resultado natural del robo que tanto desagradaba á Mr. Gudgeons. Tenía los sentimientos de todo padre ó por lo menos creía tenerlos, y sus hijos no carecían de nada de lo que puede procurar el dinero, pero tenía también que preservar sus teorías y opiniones. Aborrecía lo que era romántico y no creía en lo milagroso y como había empezado á lisonjearse con la idea de haber dado á sus hijos su mismo modo de pensar, toda la fábrica de su

educacion, se deshacia ante un suceso que desafiaba las explicaciones naturales que pudieran darse.

Mr. Winks no parecia ser persona dotada de una grande inteligencia; en efecto, aunque tenia como Mr. Meadows algunos hechos notables, los mayores que podia citar eran mas bien de un carácter pasivo, y su reputacion (pues tambien la tenia como Mr. Meadows) habia sido adquirida por tener los oidos siempre muy abiertos y la lengua quieta. Era el representante de un sistema muy sencillo en la práctica aunque á veces muy ventajoso en sus resultados. Esperaba siempre que fuera alguien á su casa para decirle algo y en general tenia que esperar poco tiempo; compraba y vendia las informaciones como un premio, y en el ejercicio de su oficio hay poco que sea superior á esto.

El carácter extraordinario del robo habia hecho reflexionar ó mejor dicho habia embarazado á Mr. Winks, aunque era demasiado discreto para descubrirse á sí mismo. En la conversacion trató este pretendido misterio como una cosa comun y frecuente aunque en su interior no podia atribuirlo á ninguno de los delitos con que estaba familiarizado por la experiencia de su profesion. Miró alrededor de la habitacion y no encontró señal alguna de violencia. La ventana no habia sido tocada, la cerradura de la puerta estaba intacta; nada habia en la casa que indicara que se habia empleado la fuerza, y aunque lo que habia en el cuarto era de poco valor, nada habia desaparecido mas que la niña. El robo de una criatura, principalmente cuando era efectuado por mendigos en las calles, era una cosa comun que no alteraba la costumbre general del sistema de delitos ordinarios, pero bajo la forma actual era como una aparicion súbita y estraña, y Mr. Winks tocaba el inconveniente de hallarse en el caso de no tener mas que medios muy comunes de investigacion.

—Haced que venga la niñera, dijo monsieur Winks.

Mr. Gudgeons dió ó den de que se presentase Sara Finch.

Sara se presentó en la habitacion de un modo brusco y como irritada; ambos síntomas malos en la opinion de Mr. Winks.

—¿Teneis algun compañero? preguntó monsieur Winks.

—Ninguno, señor, contestó la afligida niñera.

—¿No habeis tenido nunca ninguno? le dijo.

—Jamás, señor, replicó Sara.

—¿Conoceis á un sastre llamado Tarboy?

—No señor.

—¿Conoceis á un tal Juan Kuox que ha sido correo?

—Tampoco.

—¿Ni sabeis nada de una licencia con el número 4236 perteneciente á un hombre que llevaba un uniforme de granaderos?

—No por cierto, replicó Sara que iba contestando cada vez con mas vehemencia.

Estos nombres eran pura invencion de monsieur Winks, pero al obrar asi causaba cierta impresion sobre el ánimo de Mr. Gudgeons y seguia las tradiciones de su arte consagradas por el tiempo.

—¿Dónde habeis nacido? preguntó monsieur Winks continuando su exámen.

—A unas cien millas de Cambridge, contestó la niñera completamente escitada y con aire desagradable.

—¿Viven aun vuestros padres?

—Mr. Winks, dijo Mr. Gudgeons entonces, viendo que el curso del interrogatorio tenia alguna conexcion con el gobierno de su familia, tengo la satisfaccion de deciros que mi casa está dirigida con cierto orden y método, y que tengo un registro lleno de respuestas á todas esas preguntas que estais haciendo á esta desgraciada.

—¿Desgraciada? bien podeis decirlo, señor, desgraciada soy por haber vivido en esta casa y haber dormido en un cuarto como este. ¿Suponeis acaso que me he comido la niña?

—Sara Finch, replicó Mr. Gudgeons con mucha dignidad, salid de la habitacion; sereis custodiada hasta que se haya aclarado este asunto.

Sara obedeció dando grandes sollozos porque los accesos de su cólera se pasaron bien pronto.

Mr. Winks la miró con aire solemne, se pasó la mano por la barba y meneó la cabeza, por lo cual se podia deducir mucho ó no deducir nada.

—Ahora bien, dijo Mr. Gudgeon con cierta impaciencia, porque á pesar de todas sus debilidades no era hombre de quien burlarse; ¿qué mas?

Mr. Winks se vió en la necesidad de cambiar de papel y continuó diciendo:—hay un gran árbol al lado de esa ventana.

—Es cierto, dijo Gudgeons de un modo breve.

—¿Qué distancia hay de él á la pared?

—Diez varas, dijo Mr. Gudgeons.

—¿Pasa sobre el tejado de esta parte de casa? continuó diciendo Mr. Winks que le habia examinado.

—Sí, replicó Mr. Gudgeons, y la rama mas próxima podria llevar el peso de un hombre, pero se halla á unas quince varas y está en una direccion algo oblicua al tejado.

—Exactamente, dijo Mr. Winks, la pared del jardin que os separa del camino y de un campo es alta y está bien protegida por pedazos de vidrio; no hay huellas impresas en el jardin, pero una cuerda atada á la rama mas próxima daría acceso al tejado, y una vez allí hay un buen camino para entrar en el cuarto introduciéndose por la antigua chimenea.

—Es verdad, replicó Mr. Gudgeons.

—Este es el único camino posible por el que un ladron de profesion podria entrar en el cuarto; pero vos como hombre de mundo conocereis que un ladron de profesion no arriesga asi su vida y su libertad por robar una criatura.

—Esa es exactamente mi opinion, replicó Mr. Gudgeons.

—Muy bien, dijo Mr. Winks, pero entonces hay motivo para sospechar de los individuos de vuestra propia casa y especialmente de Sara Finch.

—¿Pero cual puede ser el motivo de semejante conducta? dijo Mr. Gudgeons.

—¿Habeis tenido alguna disputa con ella recientemente? dijo Mr. Winks.

—Anoche, replicó Mr. Gudgeons, acerca de un libro muy necio que estaba leyendo á mis hijos.

—No parece suficiente motivo para el acto, pero no hay que fiarse mucho en esto. ¿Os encontráis dispuesto á hacer que la lleven á la cárcel?

—No, replicó con viveza Mr. Gudgeons, no por cierto; mi designio al dirigirme á vos era evitar la publicidad: á mis criados les está prohibido el hablar de esto en la calle. La niña perdida se encontrará; pero únicamente necesito saber cómo los ladrones tienen la facultad de hacer ciertas cosas; no necesito ver mi casa hecha un jubileo, puesto que no hay en ella nada de asombroso, ni tampoco ver un centenar de gentes que vienen á visitarme bajo pretexto de darme el pésame, cuando en realidad no seria mas que para satisfacer su curiosidad.

—Entonces no nos queda mas que un medio, dijo Mr. Winks.

—¿Cuál es? preguntó Mr. Gudgeons.

—Ya os lo diré; esperad.

III.

Los parajes mas terribles de la tierra, tanto en verano como en invierno, pero mas particularmente en un día nebuloso de noviembre, son aquellos pedazos de tierras incultas situadas en una localidad baja en el centro de la metrópoli; son lugares donde los escombros están perpetuamente; son los cementerios de cosas que conservan aun un aspecto distinto del de aquellos parajes; allí se encuentran

tambien los restos de trajes que en otro tiempo fueron brillantes y magníficos; los pedazos de objetos de china, los vasos rotos, los pedazos de botellas, las conchas de ostras, en una palabra, los restos de las cosas mas diversas, mezclados de un modo estraño y grotesco que da á aquellos sitios un aspecto de miseria y de suciedad repugnante.

A lo largo de un lugar de esta clase no lejos de la orilla del rio y en una parte muy poblada de la ciudad de Londres, habia una hilera de casas bajas ó mas bien chozas, habitadas por una poblacion de una naturaleza peligrosa y medio salvaje. La existencia de estas gentes era una desgracia, los recursos de su vida eran mas bien adivinados que conocidos; sin embargo, eran robustos á pesar de que el alimento que tomaban era grosero, el agua que bebían cenagos y el aire que respiraban mas que impuro. No tenían conocimiento alguno de los libros, ni habian oido hablar jamás de lord Brougham, ni del Penny Magazine, pero su inteligencia era viva y hacían sentir su influencia. Los reformadores sociales hablaban mucho de ellos, y esto era todo. Cuando habia peste se enviaba un misionero albañil por cuenta de alguna sociedad pública con un poco de cal para purificar sus casas, y algunas veces sus oidos sentían el ruido del oro en puntos donde los niños parecían morir de hambre.

Allí no habia igualdad; algunos que eran ambiciosos volaban alto, cayendo unas veces y distinguiéndose otras entre sus compañeros. Otros seguían oscuramente su camino, pero todos tenían el mismo objeto, vivir sin trabajar, y todos llegaban al mismo fin, á la cárcel.

En una de estas casas ó chozas vivia entonces un hombre, llamado Ricardo Muzzle, que no era peor ni mejor que sus vecinos. Su nombre original era Ricardo Turpin Muzzle; este nombre le habia sido dado por sus padres por la admiracion que profesaban al célebre ladron llamado asi, pero como Ricardo no prometia corresponder á las esperanzas de su familia y amigos, el Turpin fue olvidándose poco á poco, quedando conocido este hombre por Ricardo Muzzle únicamente.

Ricardo era hombre de poco ánimo, aunque robusto de cuerpo, por cuya razon ocupó largo tiempo un puesto entre el ladron y el mal trabajador. A veces criaba perros para cazar y para otras diversiones; otras los robaba para venderlos y para otros objetos lucrativos; pero poco á poco su estado se iba haciendo mas desgraciado, y los protectores de Ricardo, pues habia tenido algunos, cesaron de auxiliarle y se vió en el último extremo de la miseria. Sin embargo de lo rebajada que era su posicion social, halló una mujer que quiso ser su esposa legítima y el fruto de este matrimonio fueron dos niños que en la época á que nos referimos eran el uno de siete y el otro de ocho años.

La residencia de estas criaturas habia sido siempre la calle, y el terreno inculto que habia delante de la casa de sus padres. Estaban vestidos con ropa muy mala y ligera; eran sucios é ignorantes, pero ligeros como gamos; sus ojos eran salientes y brillantes como los de los ratones; tenían una voluntad decidida para su edad, fuerza, valor, perspicacia y conocimiento del mundo, es decir, del mundo que veían todos los días, de día y de noche, iban adonde querían y hacían lo que les parecia, nadie los preguntaba ni los trataba de impedirlos. A veces se dejaban caer al lado de los omnibus dando vueltas como sus ruedas. Otras veces servían para guardar los caballos de los que desmontaban en algun punto y no querían dejarlos atados; otras descendían al fango del rio cuando habia poca agua para coger lo que pudieran encontrar; otras, en fin, luchaban como perros por coger alguna moneda arrojada por los pasajeros sobre algun puente. En la vecindad de su casa eran conocidos por Muzzle mayor y Muzzle menor, aunque en realidad hubiera poca diferencia entre ellos en estatura, actividad ni inteligencia.

Muchas veces habian ayudado á su padre en su oficio, pero no le habian aprendido con tal

estension que pudieran ponerse en seguida á robar perros como lo hacia él. Conocian la casta y el valor de los perros, y sabian lo que un buen perro valia en su casa; valia patatas, carne, cerveza, y en general varias cosas muy buenas; es verdad que ningun perro valia tanto como cualquiera de estas cosas, pero veian que las tenian por los perros, y esto era lógico, aunque no lo habian aprendido en la escuela.

Hacia algunos dias que no habia ningun perro en la casa de Muzzle, y todo iba de mal en peor; habia dos perros de presa ya viejos, pero estaban guardados como cebo y eran completamente invendibles aun cuando su amo hubiera tratado de llevarlos á algun mercado. Allí no habia ninguna otra cosa de valor para la venta como hubiera podido verlo cualquier observador que hubiese echado una ojeada alrededor del cuarto. No habia mas que dos habitaciones, una arriba y otra abajo. La puerta que daba á la calle estaba en el cuarto, en que se hallaban siempre Ricardo y su mujer, y al abrir se descubria un catre viejo, cuatro sillas de Windsor, una mala mesa, una alfombra hecha pedazos, algunos otros artículos de ningun valor y un cuadro ennegrecido y que representaba a Wertminster. Al cuarto superior se iba por una trampa que habia en un ángulo y que tenia una escalera movable, y una vez en él no se veia mas que una alcoba muy sucia y muy pobre; en ella habia algunas especies de jaulas para los perros, y los dos perros de presa que hemos mencionado; una vez cerrada la trampa se podia estar sobre ella con completa seguridad.

Ricardo Muzzle bajó la escalera á las nueve de la mañana del sexto dia que pasaban sin tener ningun perro y se sentó con mal humor fumando su pipa, con los pies apoyados en la chimenea donde habia un puchero vacío, y con los codos sobre las rodillas. No echó de ver que sus hijos no estaban en casa, pero aunque lo hubiese notado, no hubiera sabido si habian pasado fuera toda la noche ó si habian salido muy temprano. En general los hábitos de esta familia no eran los de unas gentes arregladas.

Ricardo estuvo fumando en es'a postura tal



El general San Miguel.

vez media hora, cuando la cabeza del mas joven de sus hijos asomó cautelosamente por la puerta retirándose despues con una rapidez animal; pocos momentos despues la misma criatura entró saltando en la habitacion, descalzo y con la agilidad de un acróbata.

—Andad fuera, canalla, dijo Ricardo que no estaba de humor de bromas; pero su hijo no contestó, sino que empezó á dar volteretas alrededor del cuarto, y antes de que el padre pensara qué era lo que merecia semejante conducta, el otro hermano entró en la habitacion con un lio cubierto por una pequeña manta gruesa.

—¿Qué es eso? dijo el padre.

—Una niña, contestó el hijo mayor con cierto orgullo, mientras que el menor daba los

saltos mas extravagantes entregado a su ilimitada alegría.

—¿El qué? dijo el padre dejando su pipa y abriendo los ojos con asombro.

—Una niña volvió á repetir el mayor. Mistriss Muzzle habia bajado de la habitacion de arriba al oir esto y se unió al grupo de la familia.

—¿Dónde la habeis cogido? dijo tomando el lio de su hijo.

—La hemos encontrado, dijeron los dos hermanos á la voz.

—¿Dónde la habeis encontrado? preguntó el padre en alta vez.

El hijo mayor, respondió entre dientes una cosa que su padre no pudo comprender.

En este momento hubo una pequeña pausa en la conversacion, durante la cual mistriss Muzzle, que al fin era madre, deslió la manta y halló dentro de ella una robusta y hermosa niña dormida, que podria tener un año.

—¿Y qué hacemos nosotros con una niña? dijo Ricardo con cierto aire de vaguedad, porque su inteligencia no era bastante clara para hacerle conocer el producto de cualquier nuevo delito que se le presentara.

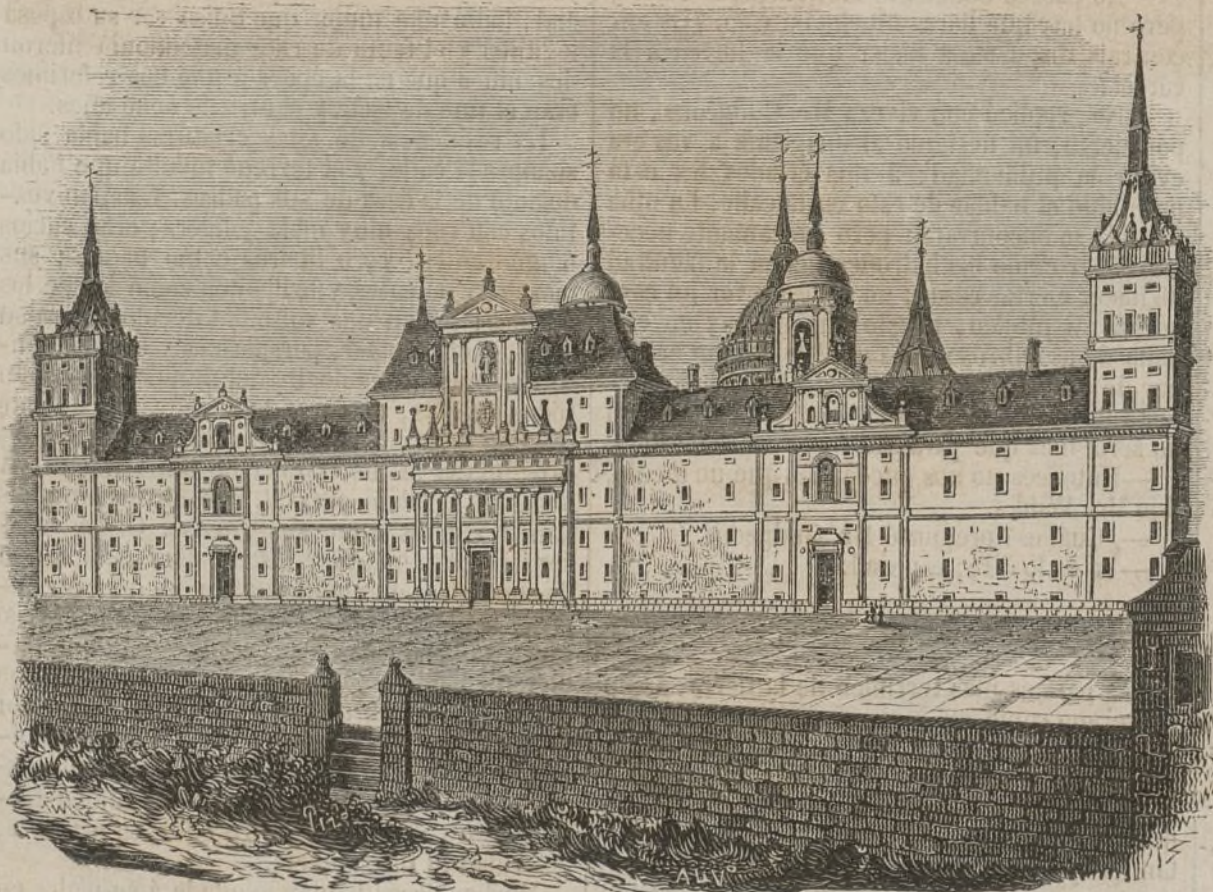
—Bastante lo sabeis, dijo con cierta aspereza el hijo mayor; ¿no es mejor una niña que un perro? Cualquiera da cinco libras por un perro, ¿no darán mas por esta niña?

Este suceso hizo cambiar el modo de ver de Ricardo que no podia expresar su admiracion por el talento de su primogénito.

—¿Qué tal! dijo volviéndose hácia su mujer con los ojos brillantes de alegría y señalando con el dedo pulgar por encima del hombro al mayor de sus hijos, ¿tiene suerte? ¿Sabe una cosa ó dos?

La criatura que habian hallado en su camino y que estaba ahora en el seno de la familia de Muzzle era la niña perdida Isabel Gudgeons. La historia contada por las dos criaturas era desde luego falsa, pero como sus padres no parecian dudar de ella, los dos muchachos conservaron su secreto. De cualquier modo que hubieran obtenido la niña, el motivo que los habia impulsado á robarla estaba bien manifestado en sus propias palabras; en su casa se estaba sufriendo una suerte adversa por falta de un buen perro; ellos no habian podido procurarse un animal de esta especie, pero habian descubierto una niña respetable y una niña respetable calculaban que debia equivaler á varios perros buenos. Esto tambien era lógico, aunque tampoco lo habian aprendido en la escuela.

Aun en las clases mas rebajadas que existen en la sociedad, hay siempre un pequeño orgullo que se anida en el corazon; por un sentimiento de esta especie mistriss Muzzle se jactaba de ser madre. Los reformadores sociales al considerar lo que eran estas dos criaturas tal vez hubieran considerado mas conveniente el que no hubiesen sido tan pronto productivos para sus padres. El instinto materno en esta ocasion, tenia un empleo benéfico, porque procuraria en alto grado un interés cariñoso á la pequeña Isabel Gudgeons. Cuando la niña se despertaba tenia siempre mucha hambre y comia entonces una papilla hecha de solo pan y agua sin cocerla, y con un gusto que hubiera asombrado á Sara Finch; este era el punto final del acto de quitarla el pecho, pero por un camino que la pobre mistriss Hudgeons no hubiera soñado jamás. Hicieron para la niña una cama compuesta principal-



Monumentos de España.—El Escorial (fachada principal.)

mente de paja en una especie de jaula de perro que habia servido en su día para el perro mas célebre de la época. Mistriss Muzzle la consideraba como una cuna perfecta, no teniendo en cuenta el olor que habia. Los dos perros de presa empezaron á gruñir de contento cuando vieron los preparativos para su nueva compañera y la pequeña Isabel Gudgeons parecia estar muy satisfecha de su nueva casa asi como de su nueva niñera.

Mientras mistriss Muzzle estaba ocupada, Ricardo no se hallaba ocioso; la primera cosa que hizo fue enviar al menor de sus hijos á

buscar al médico, no porque hubiese nadie enfermo, sino porque hacian falta los servicios del facultativo. Los criminales son lo mismo que otras clases mejores de la sociedad, tienen el talento pero necesitan capital; sus ganancias son precarias y como ellos tienen cierta tendencia á vivir mejor que lo que les permiten sus medios; por esta razon se ven obligados á cometer el delito mas análogo ó mas fácil á su carácter.

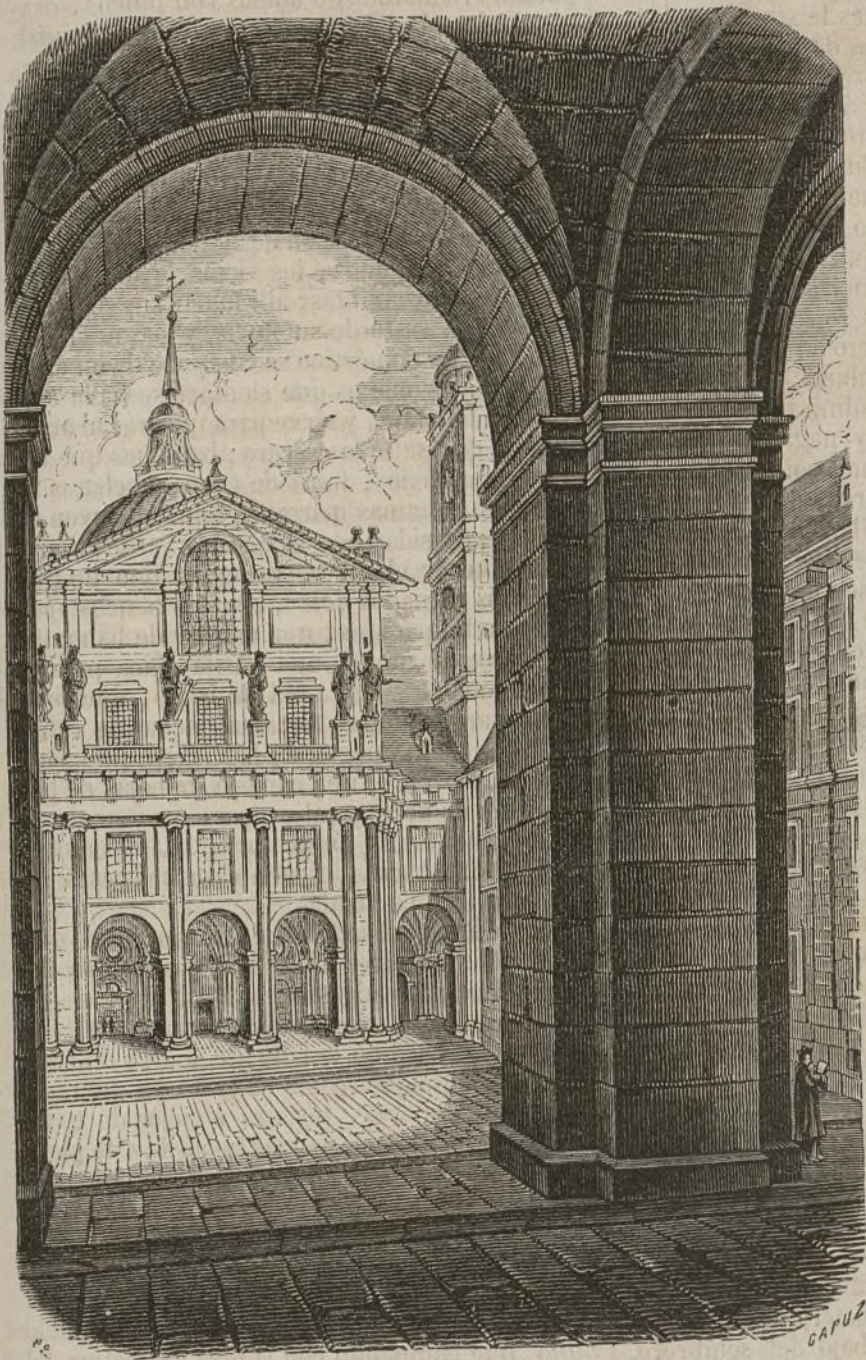
(Se continuará.)

HOLLINGSHEAD.

LOS MONUMENTOS DE ESPAÑA.

EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

El fundador del real monasterio de San Lorenzo del Escorial fue, como es sabido, Felipe II, rey de España, quien le dedicó al invicto San Lorenzo por particular devoción á este Santo mártir, y en agradecimiento de la victoria que alcanzó en su día 10 de agosto contra las armas francesas en la memorable batalla de San Quintín el año de 1557: cumpliendo al mismo tiempo con el encargo que su padre el



El Escorial.—Patio de los Reyes.



El Escorial.—Entrada al coro.

emperador Carlos V le hizo en su último codicilo, de erigir un sepulcro para depositar sus huesos y los de la emperatriz, su mujer, y madre del mismo Felipe II.

Todo lo cual consta de la carta de fundacion que se conserva en el archivo del monasterio, donde entre otras cláusulas, dice así: «Teniendo asimismo fin é consideracion á que el emperador y rey, mi señor y padre, despues que renunció en mí estos sus reinos é los otros sus Estados, é se retiró en el monasterio de Yuste, que es de la órden de San Jerónimo, donde falleció; en el codicilo que últimamente hizo, nos cometió y remitió lo que tocaba á su sepultura, y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la emperatriz y reina, mi señora y madre habian de ser puestos y colocados: siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados, é por sus ánimas se hagan é digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones é memorias; é porque otrosi nos habemos determinado cuando Dios nuestro Señor fuese servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte

y lugar; por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de San Lorenzo el real, cerca de la villa del Escorial, en la diócesis y arzobispado de Toledo, el cual fundamos á dedicacion y en nombre del bienaventurado San Lorenzo por la particular devoción que... tenemos á este glorioso Santo, y en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad de Dios comenzamos á recibir.»

Destinando Felipe II este edificio para monasterio, y un retiro donde poder descansar del ruido y bullicio de la corte, pensó siempre en que estuviese fuera y aun lejos de poblado. Así es que, pareciéndole conforme á sus ideas la soledad de las montañas de Guisando, visitó varias veces aquel monasterio, y registró por sí mismo aquellos sitios; mas no hallando suelo competente á sus designios, puso sus miras en la ladera de las cuevas que están como á repecho de Madrid, en el real de Manzanares, donde tampoco se halló lo que deseaba. Y últimamente, pospuesto el sitio de Aranjuez, se resolvió el rey á que se buscara

un buen terreno para señalar la planta de la obra entre el real de Manzanares y el monasterio de Guisando, que es donde está.

Empezóse la fábrica el año de 1563, sentándose la primera piedra en 23 de abril por don Juan Bautista de Toledo, el primero y principal arquitecto de toda la obra, aunque no tuvo la satisfaccion de verla concluida por haber acaecido su muerte á los principios, supliendo la falta de tan grande artífice su discípulo Juan de Herrera, quien añadió á los modelos del primero alguna perfeccion accidental, y dirigió toda la obra hasta su conclusion.

Ayudó tambien mucho fray Antonio de Villacastin, religioso lego de la órden de San Jerónimo, profeso antes en el monasterio de la Sisla de Toledo, y despues en esta casa; el cual dió mucha luz á los principales arquitectos para que las partes interiores saliesen bien acomodadas á los respectivos usos á que se destinaban, y no merece en esto poca gloria el señor don Felipe II que eligió este plan despues de haber pasado por sus manos diferentes modelos que le agradaron menos.

Se emplearon en su construcción mas de treinta años: los veinte y uno en la fábrica de la parte principal, cuya última piedra se colocó en 13 de setiembre de 1584, y los restantes en la del panteon, que empezó el señor don Felipe III, y acabó su hijo el señor don Felipe IV.

La planta del edificio forma un paralelogramo rectángulo, representando unas parrillas en conmemoración del horroroso martirio dado á San Lorenzo; toda la fábrica está construida de piedra berroqueña, incluidas sus nueve torres y revestida en la parte superior de pizarras ó planchas de plomo. El género de arquitectura seguido es el greco-romano y con mucha preferencia el órden dórico. Las galerías, torres, columnas, jambas, dinteles y frontispicios, que concurren á embellecer el exterior del edificio, son numerosas, y solo diremos que el cuadro de este cuenta 3,002 pies en toda su extensión, y que las puertas, nichos y ventanas de los cuatro lienzos, ascienden á 1,142, á saber: 15 puertas, 17 nichos y 1,110 ventanas. Pero al contemplar en el primer patio llamado de los Reyes, de 230 pies de largo por 130 de ancho, las seis colosales y magníficas estatuas de los reyes bíblicos Josafat, Ezequías, David, Salomon, Josías y Manasés, con pedestales de mármol blanco, adornados con inscripciones latinas; se siente el ánimo admirado al examinar las pilastras, las torres de elegante arquitectura, los arcos, fajas y cornisas que realzan esta parte del monumento y mucho mas cuando entrando en el templo creemos que ni en los antiguos ni en los modernos tiempos haya habido ni hay obra, en su género, de mayor magnificencia ni de mas severidad y sencillez religiosa. La fábrica reposa sobre cuatro fortísimos pilares cuadrados, distantes entre si 53 pies, los cuales combinados sus arcos con los de otros pilares semejantes que resaltan de las paredes, hacen que la basílica represente tres naves por cualquiera parte que se la contemple. Su pavimento está solado de mármoles pardos y blancos de las sierras de Filabres y Navas. El templo tiene 43 altares, llamando la atención el mayor, aislado por todas partes y compuesto de jaspes y mármoles magníficamente entallados. El ara es una rica piedra de jaspe toda de una pieza, y el retablo una gran fábrica, pero de mucho mas valor y estimación que apariencia y efecto á los ojos del espectador, pues las materias empleadas en su construcción y ornato son jaspes finísimos, metal y bronce dorado á fuego; comprendiendo todos los órdenes de la arquitectura greco-romana, excepto el toscano, pues el primer cuerpo es dórico, el segundo jónico, el tercero corintio y el cuarto compuesto.

(La conclusion en el próximo número.)

COSTUMBRES POPULARES.

LOS INDIOS DE MANILA.

A pesar de sus diversos orígenes, los indios ofrecen un verdadero sentimiento de docilidad é imitación, que es preciso dirigir con sumo acierto, si se quiere que dé todos los resultados apetecibles. Son los mas recomendables los de las provincias de Pampanga, Cagayan, Pangasinan, Glocos y Cebú, valientes, trabajadores é industriosos, con buenas disposiciones para la música, escultura y pintura, de modo que ha solido decirse que nacen artistas. Acúsase á los establecidos en Manila de muy viciosos; pero hay exageración en este juicio. El indio aprende cuanto ve, y por ello ejerce todos los oficios, sin necesidad de que se le enseñe de propósito ninguno; pero su carácter atolondrado é impresionable hace que en una casa sea un excelente criado y en otra un servidor insufrible. Sobre todo, si nota debilidad en el amo, abusa de él hasta el extremo; los hay que sirven durante muchos años en una misma casa, sin recibir salario alguno y siendo tratados con sobrada dureza. Lo raro que son en Manila los crímenes justifica á sus

indios de tales acusaciones; en las provincias apenas se oye hablar de asesinatos. Las mujeres participan de muchos de los defectos de sus maridos; pero son mas sensibles y laboriosas que estos, y con frecuencia ganan el sustento de la familia; las hay que saben leer y escribir. En los campos el indio es bueno, reconocido y generoso; cuando le visita algun europeo se cree muy honrado y hace los mayores sacrificios por obsequiarle. En las provincias son muy sóbrios y pacíficos; obedecen ciegamente á las autoridades, y el influjo del clero es entre ellos poderoso.

El traje de los hombres casi no diferencia en todo el archipiélago; pantalon de algodón ó seda, sujeto á la cintura con una jareta ó con un pañuelo, cuyos dobleces le sirven de bolsillo, y encima una camisa de algodón, *sina-may* ó *piña*. Unos se cubren la cabeza con un sombrero á la europea, ó á la moda del país, que se llama *salacot*: otros, en su lugar, se ciñen un pañuelo, atándolo de varios modos; todos llevan colgado al cuello un rosario, generalmente de coral y oro, y una medalla de este mismo metal; tambien traen un escapulario al pecho. En las provincias del Norte de la isla de Luzon los vestidos son pardos ó de un color azul muy oscuro; pero en las demás, los colores varían, como tambien las rayas y las telas de una consistencia admirable. El pantalon se usa blanco, azul y negro; el de seda suele ser de estos dos últimos colores. Las personas ricas llevan tisús bordados con la mayor elegancia, alfileres de brillantes de gran valor y otras joyas de oro y perlas; un sombrero de *nito*, que puede meterse en el bolsillo, representa muchos años de trabajo. El *salacot* tiene la forma de una pequeña sombrilla abierta, de 18 pulgadas de diámetro, sobre 6 de altura; por lo regular es de junquillo ó de bambú, aunque tambien se hacen de carey y de otras varias clases. En las provincias mas frias de Glocos y de Cagayan, la chaqueta ó chupa y el resto de la ropa son de mas abrigo, y cubren bien todo el cuerpo. Los dias de ceremonia es cuando salen á relucir los trajes de lujo, y los gobernadorcillos, tanto en ejercicio como cesantes, se presentan con un vestido negro cortado á la antigua, el sombrero de plumas bajo el brazo, el baston de puño de oro, cordones y borlas en la mano, como señal de mando, y la espada al lado: los cesantes no llevan esta última.

Los tágalos, al cortarse el pelo, se lo dejan muy largo por delante, humedeciéndolo con aceite de coco y aromáticos perfumes; se afeitan la parte inferior de atrás de la cabeza, formándose un semicírculo, cuya parte convexa está para abajo. Los prohombres se dejan crecer en la parte superior y posterior una pequeña coleta que recogen debajo del sombrero. Hombres y mujeres llevan sin cortar la uña del dedo pulgar de la mano derecha, los primeros para servirse de ella tocando la guitarra ó el bandolin, y las segundas para coser y hacer sus dobladillos y demás labores propias de su sexo. El vestido de las mujeres se diferencia tambien poco de unas provincias á otras. Consiste en una saya de algodón rayado (*cambayas*) cuyo color escogen segun su gusto, inclinándose ordinariamente al encarnado, amarillo ó verde. Bajo la saya llevan ciertas enaguas que suplen muchas veces por la camisa, y encima de todo se ponen la que es de seda ó algodón, de fábrica indígena, con rayas de una pulgada de ancho, color oscuro. Las ricas, cuando salen, suelen usar, alrededor del cuello, un pañuelo de algodón, de gasa ó piña bordado, y en los dias de fiesta lo prenden con un alfiler de perlas ó diamantes que hace resaltar la finura del tejido. El calzado es singular; llevan unas chinelas que solo cubren los dedos y aun queda fuera á veces el menique. Los cabellos peinados á la china, forman por detrás un elegante moño, llamado *poso*, que no es otra cosa que un gran nudo, sujeto con un alfiler cuya cabeza es comunmente de oro, brillantes ó perlas. Es tambien notable el esmero que ponen las indias en limpiarse todos los dias

los talones con la piedra pomez y las manos con *agridulce*. Todos mascan habitualmente el *betel* que comunica á su saliva un color rojo muy vivo con el que se tiñen los labios. Las mujeres se lavan las manos con arroz cocido. Llevan un rosario de coral ó perlas finas, con dieces mas gruesas engastadas en oro, y una medalla de cobre ú oro con la efígie de *Nuestra Señora de Méjico ó de Guadalupe*. Es muy general el uso del escapulario.

La construcción de las casas, ó mejor dicho, de las barracas de los indios, es muy sencilla, guardando alguna diferencia relativa á la fortuna de las personas que las habitan. Compónense, en su mayor parte, de ramas y hojas de palmera, enlazadas ó atadas con juncos, descansando sobre cuatro ó mas pilares (*aliquiis*), segun la extensión de la barraca. Estos pilares son de una madera incorruptible. A cuatro pies del suelo, apoyándose en los pilares ó cimientos, forman un piso de listones de bambú asegurados entre sí. En estas casitas se tiende una estera ordinaria, y esta es la cama comun donde se tienden en toda su desnudez, el hombre, la mujer, los niños, los viejos, y en algunos casos hasta los amigos; allí fuman sus cigarros, mastican el resto de su buyo, y pasan la noche. El ajuar doméstico se compone de un mortero con dos manos que siempre se halla á la entrada del patio, y sirve para quebrar el arroz á fin de que salte la cáscara; bambúes que hacen varios oficios, tazas de coco, cucharas de lo mismo, algunas marmitas que sustituyen en caso de necesidad con la cáscara verde, donde pueden cocer el arroz sin agua: uno de esos cuchillos llamados *goloc*, algunos bancos apoyados en las paredes, una especie de banquillo que sirve de mesa, una vasija china para el aceite de coco y un candil de barro, que sirve de lámpara, algunas torcidas hechas de cañas de resina, una imagen de la Virgen, un crucifijo, unas esteras, una canasta de hojas de betel, nuez de arco y cal preparada, y generalmente una flauta ó guitarra. Las personas acomodadas ó ricas, tienen casas mas espaciales y mejor amuebladas.

El indio es aficionado al tabaco: pasa dias enteros sin quejarse de los trabajos rudos y penosos como remar, sufriendo el calor de un sol abrasador, ó una extraordinaria lluvia, con tal que el tabaco no le falte; lo masca ó lo fuma, y se diria que recibe de él nuevas fuerzas. Hombres, mujeres, jóvenes y viejos de todas edades, fuman ó mascan las hojas de esta planta ya elaborada, desde la mañana á la noche. Despues del tabaco, que es su pasión dominante, cuyo conocimiento deben á los españoles, el betel es lo que mas les gusta, cuyo uso entre ellos data de tiempo inmemorial. El betel es el principal ingrediente del masticatorio llamado *buyo*, que componen con la hoja aromática del betel, la cual bañan con una capa de cal apagada hecha de las ostras; despues la arrollan á lo largo, rodeándola de un pedazo de nuez de arce, cortado en trocitos de la figura de husos.

La fiesta que se celebra en aniversario de la batalla ganada á los piratas chinos, tiene lugar el dia de San Andrés. Pero la mas brillante es la de la recepción del nuevo gobernador capitán general del Archipiélago, cada vez que se releva: por lo regular dura tres dias, y en algunas ocasiones hasta cinco. Marcha de tropas, reunion de autoridades, tañido de campanas, ruido de tambores y cornetas, salvas de artillería, bailes, nada falta. Las riñas de gallos ocupan el primer lugar entre las diversiones públicas. Cada pueblo tiene su gallera, cuyo arriendo produce al gobierno de la colonia una cantidad considerable. Estas galleras vienen á ser espaciales casas construidas de troncos de palmera, bambú y nipa: no tienen en lo interior departamento alguno mas que una gran sala que recibe la luz por varias ventanas abiertas en el techo. En medio de la sala se eleva, á la altura de un hombre, el lugar de la lid, rodeado de galerías de bambú. Cerca de las galleras hay tiendas ó puestos de vino de coco, dulces de arroz, guisados, chocolate español, etc. Los indios son tambien aficionadísimos

á las cartas, olvidándose hasta de comer por jugar al pauguíngui ó al lampó. Por las tardes se divierten en elevar milochas ó cometas, y á veces suspenden de ellas cierto instrumento que, con las oscilaciones comunicadas por el viento y la mano, produce un ruido variado. La cipa es una pelota grande con la cual juegan, formando un círculo entre sí, dentro del cual se la dirigen unos á otros, y la rechazan haciendo uso, ya de la mano, ya del pie, ya de la rodilla, ya de la cabeza, etc. Los paseos á caballo por la noche con la claridad de la luna, son también de gran placer para todos los habitantes indistintamente: los carruajes se cruzan por todas partes en los paseos de Manila durante aquellas horas en que las frescas brisas reemplazan á los abrasadores rayos del sol.

LOS ARCHIVOS DE FRANCIA.

El establecimiento de los *Archivos generales de la Francia* se halla distribuido en seis secciones: legislativa, administrativa, histórica, topográfica, patrimonial y judicial.

La primera seccion abraza la Coleccion de leyes, actas de las asambleas nacionales, documentos de las Juntas de los Diputados en Comision: comprende mas de 7.000 carpetas.

La seccion administrativa se compone de todos los documentos relativos á la Administracion general del Imperio, al Gobierno, á la Casa Imperial, á las Administraciones especiales y locales, y sobre todo de la coleccion de decretos del Consejo desde 1593 hasta 1791, en 40,000 carpetas.

La seccion histórica comprende el tesoro de las cartas: las actas de los reyes de Francia, de las cuales la mas antigua se remota al año de 620, y está firmada por San Eloy: los monumentos eclesiásticos, los documentos relativos á las órdenes militares y religiosas, y á la instruccion pública, las genealogías, etc., en mas de 6,000 carpetas, y una magnífica coleccion de retratos de hombres célebres. Esta seccion posee tambien el armario de hierro en que están encerrados los sellos y bulas de oro, las llaves de la Bastilla, las llaves de Namur remitidas á Luis XIV, los libros encarnados de Versailles en que Luis XV y Luis XVI asentaban sus gastos secretos, sobre todo las cantidades entregadas á los espías en las córtes estrangeras; los testamentos de Luis XVI y María Antonieta, el periódico de Luis XVI, los tratados de paz y de alianza, medallas, la matriz de la medalla del juramento del Juego de pelota, los marcos del metro y del gramo, monedas, cartas de Napoleon I, etc., etc.

La seccion topográfica se compone próximamente de 5,000 artículos, á saber: mapas geográficos, hidrográficos, astronómicos, históricos, planos y memorias de estadística. Las cartas originales de los depósitos, firmadas por los comisarios nombrados para fijar sus límites respectivos, son una de las mayores curiosidades de esta seccion.

En 26,000 carpetas, que constituyen la seccion señorial, figura todo lo que proviene del Tribunal de Cuentas, los títulos de propiedad, los títulos especiales de los príncipes, los de los bienes de las comunidades religiosas, los documentos del secuestro, es decir, de la confiscacion de bienes á los emigrados, etc.

La seccion judicial contiene en 63,000 carpetas, las actas de la gran Cancillería y de los Consejos del Parlamento de París, del Chatelet y de los diversos grados y jurisdicciones de los Tribunales criminales extraordinarios.

En febrero de 1854 se comenzó en toda la Francia, de conformidad con las instrucciones dadas á los prefectos por el ministro del interior, el inventario de los archivos de los departamentos anteriores á 1790. Hace mas de medio siglo que aquellos preciosos depósitos, que abrazan la historia particular de las provincias, de las localidades, de las familias, de la propiedad territorial de las ciencias y las artes, del derecho público, de los usos á costumbres, no veian la luz pública. Merced y

tan laudable disposición, contribuirán al adelanto de los estudios históricos y administrativos.

Como todas las empresas útiles y largo tiempo aplazadas, esta presentaba numerosas dificultades que se han resuelto felizmente. Al hacer los inventarios los archiveros de los departamentos siguen un sistema uniforme, insertando en un estado compuesto de tres divisiones alfabéticas las noticias siguientes:

1.^a Nombres de los lugares.

2.^a Nombres de las familias ó de las personas.

3.^a Materias contenidas en los legajos. A la conclusion de estos inventarios parciales, los diversos estados formarán un solo cuerpo que recibirá el nombre de *Repertorio general de los archivos de Francia*, y facilitará los informes y comunicaciones.

LOS REGALOS DE LOS ENANOS.

Un sastre y un herrero viajaban juntos. Un anoche, cuando el sol acababa de ponerse detrás de las montañas, oyeron á lo lejos los sonidos de una música que se hacían mas armoniosos conforme se acercaban. Era un son extraño, pero tan agradable que olvidaron que estaban cansados y se dirigieron con la mayor ligereza hacia el lado donde se oía. Había salido ya la luna, cuando llegaron á una colina en la que vieron una multitud de hombres y mujeres tan pequeños, que eran de un tamaño casi microscópico, y los que estaban bailando en un corro cogidos de la mano y con el aire mas alegre del mundo; al mismo tiempo cantaban de una manera admirable, siendo esta la música que habian oido los viajeros. En el centro se hallaba un anciano un poco mas alto que los demás, vestido con un traje de diferentes colores y con una barba blanca que le llegaba hasta el pecho. Los dos compañeros quedaron inmóviles de asombro contemplando el baile. El anciano les indicó que entrasen, y los pequeños bailarines abrieron el corro. El herrero entró sin vacilar; tenia la espalda un poco puntiaguda, y era atrevido como todos los jorobados. El sastre tuvo en un principio un poco de miedo, y se quedó detrás, pero cuando vió que continuaba reinando la mayor alegría, recobró su valor y entró tambien. En seguida se cerró el círculo, y los pequeños seres se pusieron á cantar y á bailar dando saltos prodigiosos; el enano cogió entre tanto un cuchillo muy grande que pendía de su cintura, se puso á arreglarle, y en cuanto le hubo afilado bastante bien, se volvió hacia los forasteros que se hallaban helados de espanto. Pero no duró mucho su ansiedad, pues el vejete cogió al herrero y en un abrir y cerrar de ojos le rapó completamente la barba y los cabellos. Despues hizo otro tanto con el sastre. En cuanto hubo concluido, les dió amigablemente un golpecito en la espalda como para decirles que habian hecho bien en dejarse afeitar sin hacer la menor resistencia, y se dispuso su temor. Entonces les mostró con el dedo un monton de carbones que se hallaban allí cerca, y les hizo señal de que llenasen con ellos sus bolsillos. Ambos obedecieron sin saber para qué les servirían aquellos carbones, y continuaron su camino para buscar un asilo donde pasar la noche. Cuando llegaron al valle dió las doce la campana de un convento cercano; en el mismo instante cesó el cántico, desapareció todo, y no vieron mas que la colina desierta iluminada por la luna.

Los dos viajeros entraron en una posada y se echaron dormidos encima de un monton de paja, olvidando tirar sus carbones por lo cansados que estaban. Un peso inusitado y que les incomodaba mucho les hizo despertar mas pronto de lo acostumbrado. Levantaron la mano á sus bolsillos, y no podían creer á sus ojos cuando vieron que estaban llenos, no de carbones, sino de barras de oro puro. Su barba y sus cabellos habian crecido tambien maravillosamente. En adelante serian ya ricos; pero el

herrero que por su carácter avaro habia llenado mas sus bolsillos, poseia doble de lo que tenia el sastre.

Mas un hombre avaricioso quiere tener siempre mucho mas de lo que posee. El herrero propuso al sastre esperar un día mas y volver por la noche donde se hallaba el viejo para adquirir nuevo tesoro. El sastre se negó diciéndole: —tengo bastante y estoy contento: solo queria llegar á ser maestro en mi oficio y casarme con mi caprichillo (asi llamaba á su novia); ya puedo hacerlo y soy feliz. Sin embargo, por condescendencia hacia su compañero consintió en quedarse un día mas.

El herrero se echó por la noche dos sacos al hombro para poder traer una buena carga y se puso en camino hacia la colina. Como la noche anterior encontró á los enanos cantando y bailando, le rapó el anciano y le hizo señal de que cogiese carbones. No vaciló en llenar sus bolsillos y sus sacos hasta que no cupo mas y se acostó vestido. —En cuanto comience mi carbon á volverse oro, se dijo á sí mismo, no voy á poder resistir el peso, —y se durmió por último con la dulce esperanza de despertar al día siguiente rico como un Creso.

En cuanto alzó los ojos, su primer cuidado fue registrar sus bolsillos, pero por mucho que registró solo halló muchos carbones y muy negros. —Del mal en menos, pensó para sí, aun me queda el oro que traje la otra noche. —Fué á ver, pero ¡ay! su oro se habia vuelto tambien carbon. Llevó á la frente su negra mano, y vió que su cabeza estaba calva y rapada lo mismo que su barba. Mas no conocia aun toda su desgracia, pues bien pronto halló que la joroba que llevaba por detrás habia producido otra que le salia por delante.

Comprendió entonces que recibía el castigo de su avaricia y comenzó á lanzar profundos gemidos. El buen sastre, á quien habian despertado sus lamentos, le consoló lo mejor que pudo, diciéndole: —Somos compañeros, hemos viajado juntos, quédate conmigo, mi tesoro bastará para los dos.

Le cumplió su palabra, pero el herrero se vió obligado á llevar toda su vida sus dos jorobas y á ocultar bajo su gorro su cabeza sin un pelo.

GRIMM.

RAZON Y FE.

HIMNO POLACO.

Quando incliné delante del Señor mi frente inteligente y temerosa del rayo, como una nube se inclina delante del sol, el Señor se dignó elevarla hasta sí, como el arco iris, y coronarla con sus miles de rayos.

¡Y quiero resplandecer atestiguando la fe! Cuando el cielo abra los tesoros de su cólera, y mi nacion temblará al ver reproducirse el diluvio, ante el aspecto de este arco iris, recordará su alianza con Dios.

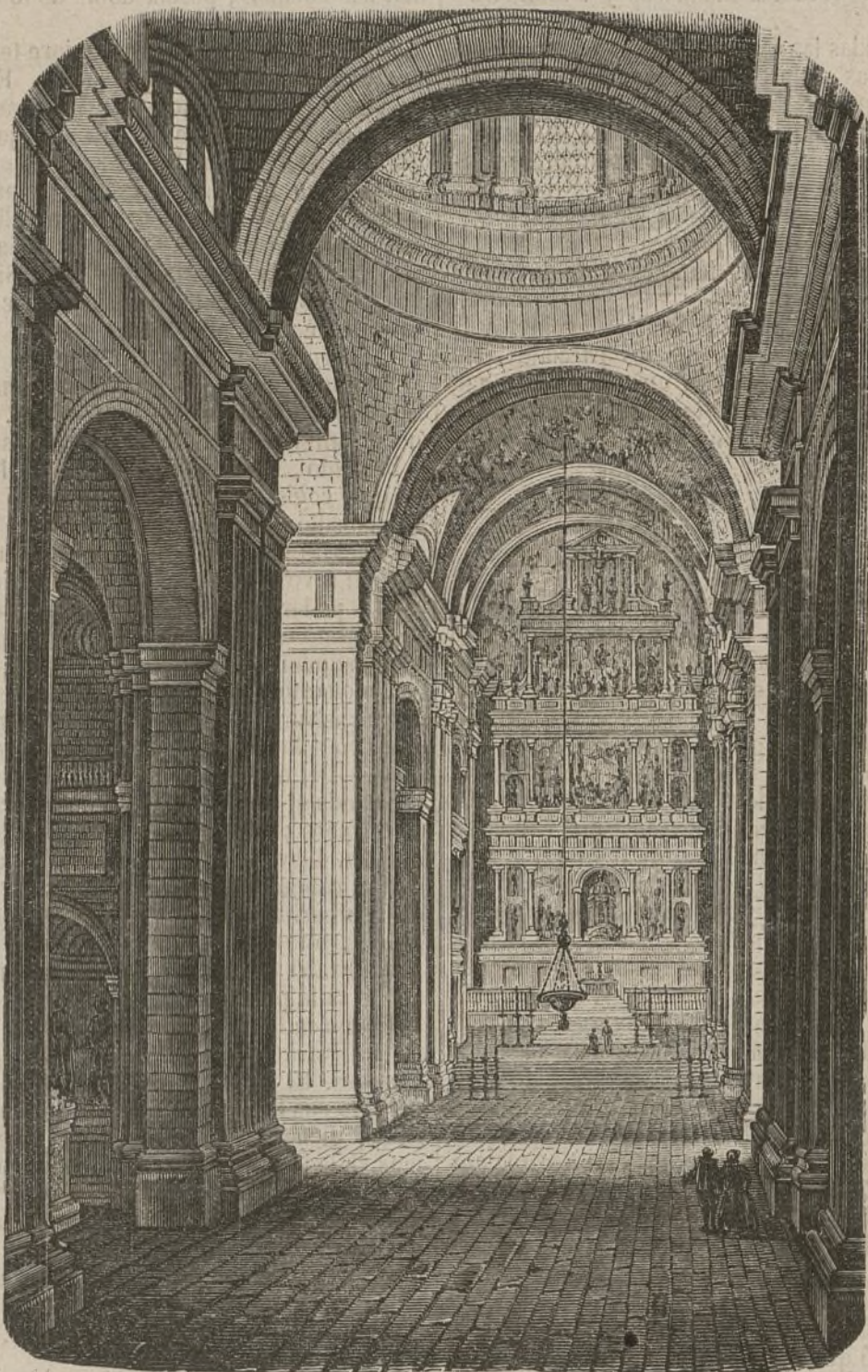
¡Señor! ¿no es el espíritu de humildad el que hace nacer mi orgullo?... Por muy sublime que sea el lugar donde yo brillo en el azul del cielo, mi luz, señor, no proviene de mí; no es mas que un pálido reflejo de tu resplandor.

He recorrido las ínfimas regiones de la humanidad, con sus creencias de todos colores y de todos lenguajes. Todo lo que parecia inmenso y vago á los ojos de la razon aparece evidente y mezquino á los de la fe!

Tambien vosotros, soberbios filósofos, agitados por la tempestad cual débiles átomos, mas encerrados dentro de vosotros mismos que el caracol dentro de su concha, quisiérais, á pesar de vuestra insuficiencia, abrazar el universo de un solo golpe de vista!

La necesidad, dicen unos, reina ciegamente en el mundo como la luna sobre las amargas olas. La casualidad, esclaman otros, juega con los hombres como la tempestad con el polvo de los caminos.

Hay un Dios que abraza el Océano y lo sostiene como eterna cintura de la tierra; y ese



El Escorial.—Vista interior del templo.

mismo Dios ha grabado sobre la roca el límite contra el cual han de venir sus olas á estrellarse eternamente.

Es en vano, pues, que despues de esto el Océano se esfuerce en estenderse mas sobre su lecho de arena. Eternamente móvil, pero eternamente encadenado, cuanto mas alto se levanta, mas bajo se despeña, y por mas que se encrespe no alcanzará jamás las estrellas.

Y el rayo de luz lanzado por el sol, jugando sobre la movable espuma de los mares, no se sumerge nunca hasta el fondo, sino que se descompone en brillantes colores y se vuelve hacia las alturas de donde ha descendido.

¡Oh razon del hombre! ¡cuán pequeña eres delante del Señor! ¡No eres mas que una gota desprendida de su poderosa mano; y la tierra, que te apercibe bajo la apariencia de un inmenso océano, quiere elevarse hasta el cielo sobre tus ondas!

¡Es en vano! Tú crees tocar los bordes del horizonte, y tu vuelo audaz se lanza para alcanzarlos. ¡Es en vano! Te has apartado de la tierra y no puedes acercarte al cielo. El vuelo que te sostiene no subirá jamás tan alto.

Te elevas y descienes sucesivamente; te veo sombría al cruzar los abismos, radiante y orgullosa en los aires. ¡Tú oscureces el emipreo de un coloso de nubes, y luego vuelves á caer como la escarcha... siempre sobre la tierra!

Y el rayo de la fe, encendido en los cielos, te eleva disolviéndote, reconcentra el fuego en tu seno y se mira en tu límpida superficie. ¡Sin la fe, no serias para siempre invisible?

ADAM MICKIEWICZ.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

El fallecimiento de don Evaristo San Miguel acaecido á los setenta y siete años y medio de su edad, ha sido una pérdida para la política, para las armas y para la literatura. Entre sus escritos figuraban en primer término la *Historia de Felipe II* y los *Capitanes célebres*, habiendo brillado en su vida pública por su sano criterio y su nunca desmentida tolerancia y modestia. Era director de la Real Academia de la Historia, plaza que queda hoy vacante y para cuyo desempeño se designan ya nada menos que otros

cuatro nombres distinguidos: Pidal, Olózaga, Caveda y Benavides. El retrato que ofrecemos á nuestros lectores del general San Miguel, está tomado del que se hizo del natural durante la famosa revolucion de 1854, cuando tan ilustre patricio fue considerado como libertador de Madrid, merced á sus buenos servicios.

Se acaba de publicar el primer tomo de la obra del señor marqués de Pidal, sobre los sucesos de Aragon, con motivo de la fuga de Antonio Perez á aquel reino. El autor le ha dado por título *Historia de las alteraciones de Aragon en el reinado de Felipe II*, sin duda porque habla tambien de las que precedieron á las motivadas por la entrada en aquel reino del célebre valido, y señaladamente de los disturbios del condado de Ribagorza, originados principalmente de la muerte violenta dada por su marido, por caso de honra, á la condesa de Ribagorza, cuñada del conde de Chinchon, ministro muy principal y favorecido de Felipe II. Tambien habla de las crueles guerras y matanzas entre montañeses y moriscos, y de los ruidosos pleitos y competencias del *Privilegio de Veinte* y de *Virey extranjero*, con otros acontecimientos necesarios para conocer el estado de Aragon cuando llegó á él Antonio Perez. Respecto de este, se trata en este primer volumen con toda estension y particularidad de su gran privanza con Felipe II; de sus amores con la célebre princesa de Eboli doña Ana Mendoza de la Cerda; de la muerte dada por Perez, con este motivo, aunque con orden del rey, al secretario Juan de Escobedo, favorito de don Juan de Austria; de la prision de Perez y de la princesa; de los procesos y tormento de Perez y de su fuga á Aragon; de los nuevos procesos que contra él se siguieron ante el tribunal del Justicia de Aragon; de la separacion del rey por haber Perez probado que la muerte de Escobedo habia sido hecha con orden de Felipe II, del proceso que se le formó entonces por la Inquisicion, que le llevó á sus cárceles secretas, de donde se le sacó, en Zaragoza. El *Apéndice de documentos* es curiosísimo y toda la obra está escrita con la facilidad y elegancia que tanto caracteriza la pluma del marqués de Pidal, bien conocido en la república literaria.

PENSAMIENTOS.

No pueden ser espelidos del templo de la prosperidad los que entran en él por la puerta de la virtud.

Sócrates.

¡Mal administrará la hacienda pública quien no sabe administrar su casa!

Plutarco.

La fortuna juega con sus dones: quita lo que dió y devuelve lo que quitó.

Séneca.

Las injurias echan mas hondas raices que los méritos y beneficios.

Séneca.

Antigua culpa es de cortesanos no acordarse de las virtudes de los que están en baja fortuna hasta que para algun ministerio necesitan de sus talentos.

Lelio Peregrino.

Por todo lo no firmado J. GASPAS,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.